

En la muerte de un referente intelectual de izquierdas El político

Chocó con el centralismo guerrista en su convicción de que había que compensar los agravios históricos catalanes

El ministro que entendía Catalunya

JOSEP MASSOT
Barcelona

A primeros de julio de 1988, Felipe González invita a cenar a Jorge Semprún. Necesita un golpe de efecto para reavivar un Gobierno tocado por la huelga del 14-D y ofrece un ministerio al nieto de Maura, al ex dirigente del PCE expulsado por Carrillo en 1964. Semprún duda hasta que González le suelta: "Vas a tener días difíciles, días grises y días apasionantes, amigos y enemigos, que no te perdonarán nada porque nuestro país es así, pero cuando en tu primer viaje oficial por provincias veas al jefe de la Guardia Civil cuadrándose ante Federico Sánchez, comprenderás por qué te he llamado".

Semprún asumió el ministerio de Cultura con la ilusión de que podía cambiar muchas cosas. Era

Veía como una injusticia que había que reparar la falta de inversiones del Estado en Catalunya

un intelectual que no había vacilado en asumir costes personales para llevar a la acción sus ideas y que se había enfrentado a la dictadura franquista y a la maquinaria trituradora de los *aparatchik* estalinistas. Pronto chocaría con el guerrismo. Una de sus obsesiones era la de resolver lo que para él era uno de los problemas fundamentales de la historia trágica de España: enterrar "el viejo y tristísimo fantasma español del centralismo" y crear "un nuevo tipo de unidad dentro de la diversidad". Despertar ese fantasma lo veía más peligroso que el nacionalismo vasco o el catalán pretendiera subir el listón.

Intentar llevar sus ideas a la



Jorge Semprún, durante una intervención en el Congreso en 1993

EMILIA GUTIÉRREZ / ARCHIVO

práctica le valió enseguida la enemistad de la maquinaria centralista, dominada por los hombres de Alfonso Guerra. Una de sus primeras decisiones fue la de intentar poner punto final al agravio histórico de la falta de inversiones en Catalunya y pactó con el conseller catalán un programa de 12.000 millones de pesetas. Los años del franquismo habían marginado a Catalunya y Semprún creía que el Gobierno debía

financiar la creación de museos, auditorios, bibliotecas o teatros. Se trataba de revivir el espíritu de los primeros tiempos de la transición y en esa concepción de una España plural, creía que museos estatales como el Prado deberían tener una sede en Catalunya o que las culturas gallegas, vascas o catalanas deberían difundirse en pie de igualdad en el resto de España.

En un encuentro informal con

este periodista, Jorge Semprún no pudo evitar desahogarse. "Yo no mando en el ministerio", confesó. Y, tras un larga pausa en la que nadie habló, completó la frase ya en tono colérico. "¡Quien manda, controla, decide y deshace lo que yo ordeno es Garrido!". ¿Quién era Garrido? Era el secretario general, guerrista, que dominaba la cocina ministerial. La añeja burocracia era un efectivo antídoto para desarticular una

visión plural de España.

Semprún se enfrentó a Guerra por otros motivos, como sus acerbadas críticas a los desmanes de su hermano Juan. Desde Moncloa se le llegó a recriminar por escrito su disidencia en cuestiones tratadas en Consejo de Ministros. Al final, Felipe González optó por deshacerse de los dos.

Las reflexiones de Semprún a este diario, tras su salida del Go-

Le desesperaba que el PSOE no entendiera que la cultura formaba parte de su proyecto estratégico

bierno, cobran dos décadas después plena vigencia. "Los profesionales del poder, en general, con excepciones honrosísimas, incluso en España, no son seleccionados por su inteligencia o por su capacidad de iniciativa, sino por su disciplina y abnegación. Con ellas se hacen los mártires, los profetas y los sargentos de los ejércitos vencedores, pero no los inventores de ideas nuevas". Semprún no lo decía con rencor, sino dolido por su proyecto truncado. Son legendarios sus ensimismamientos. En un cóctel o en una presentación de libros se le veía a menudo apartado del gentío, solo en un rincón, y a mitad de conversación se quedaba a veces en silencio y entonces sus limpios ojos azules vagaban sin mirada exterior. Le asaltaban asociaciones de ideas, destellos, recuerdos. Después recuperaba el hilo y hacía un diagnóstico de cómo el político, sin mérito ni imaginación, pierde capacidad de reflexión y contacto con la realidad. "El problema esencial de la socialdemocracia -decía- es que no hemos conseguido comprender que la inversión cultural es estratégica, desde la enseñanza primaria a la televisión".●

Entre dos lenguas: su escritura y su vida

Oscar Caballero

En un restaurante de la avenue Bosquet, a cien metros del piso de Jorge Semprún, el cronista fue intermediario en los 1990 para la colaboración -demasiado breve- del ex Federico Sánchez con *La Vanguardia*. En su piso en la rue de l'Université del que se obtenía más fácilmente el fax -"no interrumpe el trabajo"- que el teléfono, habían transcurrido entrevistas, con el cine, las novelas y finalmente LA novela (*La escritura o la vida*, ese deslumbrante ejercicio de estilo) como tema. En medio de aquel viaje siempre inquieto en el que la memoria de Semprún regresaba a Buchenwald, un ruido sutil le produjo

una tarde un terrible sobresalto, anécdota compartida luego.

Y las digresiones sobre la importancia del olor, memoria indeleble. La perennidad de aquel hedor de los retretes del campo, que protegió las intrigas de su célula: las narices nazis no lo soportaban. Último encuentro en el aeropuerto de Madrid. Acababa de morir Carlos Semprún Maura. Hablaron del muerto, largamente porque con él se había ido una época.

Semprún en el Fogón, de París, con el amigo Bernard Pivot; en la visita privada de una exposición; en la Ópera; en las muestras de Tàpies en la galería Lelong... En Madrid, los encuentros casuales, por frecuentes, provocaban bromas (¿habíamos quedado?): en el mu-

seo del Prado, el bar del Palace, el castizo bar Alemán de la Plaza del Ángel, reducto antaño de la torera familia Dominguín y por lo tanto de Domingo, el único que usó la izquierda también en política, es-

Entendió mejor que nadie, en el siglo XXI, el advenimiento de una ficción del holocausto

cludero involuntario de Federico Sánchez gracias a la relación de Luis Miguel con el poder.

Entre los 1970 y la caída del muro, en París, el mundo intelectual

parisino trataba con Carlos Semprún, escritor y acaso ácrata y/o con Jorge Semprún, su hermano y comunista: esa prudencia con la que, tras un divorcio, se trata con cada mitad. Carlos reinaba en La Closerie des Lilas -irónico, escogía la mesa en la que Lenin jugó al ajedrez-; a Jorge se lo podía encontrar en Fouquet's, cuartel general del mundo del cine, o en el Flore, el de los intelectuales.

Optimista tendencia botella medio llena, Semprún encarnó la dialéctica en la vida. El artista echa de menos la acción; el activista carece de la posibilidad de inscribir sus actos en una obra. Jorge Semprún pudo vivir esa gozosa esquizofrenia y, simultáneamente, con el lenguaje de su siglo, el cine, y con el del XIX, la

novela. Su lengua fue la del extranjero profesional. El alemán le salvó la vida: comprenderlo le permitió escribir estucador y no estudiante en el registro del campo. El francés le hizo acceder a una cultura en la que los clásicos escritos se codean con los filmados. El castellano, además de justificar su actuación política, fue la herramienta para explorar infancia y juventud, y pirieta suprema, saltar de clandestino a ministro español.

Por eso entendió mejor que nadie, en el siglo XXI, el advenimiento de una ficción del holocausto. Como los hombres libro de *Fahrenheit 451*, sentía que los testigos de carne y hueso se extinguen. Y él quería la escritura y la vida.●